

José de Costa Rica, 1930), un texto que debiera inmediatamente ocupar lugar preferente en todas las escuelas de la República. Tanto más como que en lo esencial es de por sí admirable. Posee claridad, de manera que de lo fácil se pasa a lo más difícil en graduación de adelanto tan diestramente dirigido, que en ningún punto del método se tropieza con dificultad que sobrecargue la inteligencia del estudiante. Su impresión no deja nada que desear: Fácilmente podría, en un concurso, obtener este libro el primer premio, tal es la nitidez de su impresión.

A pesar de cuanto indicio avieso tenga de lo contrario, creo firmemente, en que Costa Rica es una nación consciente. Si mi equivocación no es grande, este texto prontamente substituirá a todos esos manuales inferiores, de los que nos hemos venido valiendo, *faute de mieux*, quienes enseñamos inglés en la República.

Salomón de la Selva

San José, Costa Rica, Febrero, 1931.

Inglés

El método progresivo para su estudio y enseñanza,

mencionado en el artículo anterior, se vende por ahora en las siguientes casas:

- Librería Fernando Fe,
Calle del Arenal,
Madrid, España
- Librería Francesa,
Rambla del Centro 8 y 10,
Barcelona.

- Librería Herrero Hnos.,
Av. 5 de Mayo, entre Palma
y Isabel la Católica,
Ciudad de México.
- Librería Albela y Co.,
Habana, Cuba.
- Librería Lumen de Montealegre,
Ciudad de Guatemala.
- Librería E. Díaz Barneond,
San Salvador, El Salvador.
- Carlos Feuberger y Co.,
Managua, Nicaragua.
- Librería Alsina, (Sauter, Arias & Co.),
San José, Costa Rica.
- Librería Ernesto Latorre,
Ciudad de Panamá.
- Camacho, Roldán y Tamayo,
Bogotá, Colombia.
- J. V. Mogollón y Co.,
Barranquilla.
- Librería Nascimento
Santiago de Chile.
- Librería Justo Arce y Co.,
Prat 525, Antofagasta.
- Librería La Facultad,
359, Calle Florida,
Buenos Aires.
- Librería La Normal,
Av. 7 No. 1119,
La Plata, Argentina.
- R. H. Rogge,
San Pedro Sula,
Honduras.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Los hijos del siglo Un estudiante

=De El Sol, Madrid=

Terminaba el concierto en el teatro Payret de la Habana.

¡La Habana!... Hace ahora tres años, me despedía yo de la capital de Cuba, y desde la cubierta del barco veía alejarse sus claros edificios, sus fachadas de un blanco puro, un rosa pálido, un amarillo de marfil... Bajo la brisa templada del invierno antillano, la vida era allí tranquila, blanda, cómoda....

Leo ahora en *El Mundo*, de aquella ciudad, que el otro día acababa en el Payret un concierto de música cubana ejecutado ante distinguida concurrencia. Mientras el público se sentía quizá gratamente arrullado por las sonoridades de la orquesta, irrumpió en el escenario, con asombro de músicos y cantantes, un joven alto, vestido de negro, que comenzó a dirigir la palabra al auditorio en términos de enérgica reprobación.

Protestaba indignado el muchacho contra la presencia de tan numeroso concurso en una fiesta, cuando el país sufría y luchaba atravesando una aguda crisis económica y una profunda perturbación política. En nombre de la juventud, en nombre del Directorio Estudiantil, increpaba a la sociedad madura, capaz de divertirse indife-

rente en medio del dolor de la patria, y anunciaba el triunfo de los anhelos de la nueva generación...

Ante la inesperada arenga, muchos de los presentes aplaudieron, mientras que otros, temiendo que fuese a alterarse el orden, se apresuraron a abandonar el teatro. Entre tanto, el incógnito mozo desaparecía como una sombra....

La visión de ese mancebo vestido de luto recuerda un poco la de los antiguos profetas al final de los bíblicos banquetes.

Pero hay una notable diferencia. Antaño, el que conminaba a las almas distraídas, haciéndoles oír la voz del colectivo deber y anunciándoles los tiempos venideros era un anciano de blancas barbas. Hoy es un joven. Es un estudiante. No hay ya jóvenes, muchachos y muchachas adolescentes son los que en Cuba sostienen—y aun alguna vez con el sacrificio de sus vidas en flor—la campaña por la libertad.

Lo mismo ocurre en casi toda Hispanoamérica. Más aún: es un fenómeno universal de nuestro tiempo esa inquietud idealista de los jóvenes.

Merece ser estudiado con interés y con cariño. Después de la guerra europea sobre todo, la sociedad humana, fatigada y asustada, se acoge a las viejas fórmulas morales y sociales que, buenas o malas, ofrecen al instinto de conservación un albergue tradicional y una secular defensa. Lo grave es que, malas o buenas, esas fórmulas, nuestra sociedad sabe que, en lo íntimo, ha dejado de creer en ellas.

Y la juventud no puede vivir sin creer. La vida nueva necesita una fe nueva.

La autoridad paterna, la autoridad social, los maestros, en suma, se quejan de que los jóvenes se les escapan y se les rebelan. Dolor explicable. Pero presumo que, en el fondo, también sienten hoy muchas veces los jóvenes la falta de los verdaderos maestros.

El siglo XIX y este siglo XX ofrecen una cierta semejanza en sus comienzos.

En 1815, caída de Napoleón, se rehace el mapa de Europa. En 1918, caída del Kaiser, el mapa de Europa vuelve a rehacerse. En 1815, después de una revolución y de una gran guerra, como en 1918, después de una gran guerra y de una revolución, el ambiente espiritual está cargado de inquietudes y de ansias renovadoras. En 1918, como en 1815, trata de mantener el mundo oficial un sentido conservador en lo religioso, en lo moral, en lo económico, en lo político.

Los hombres nacidos en las primeras décadas del XIX, los *hijos del siglo*, engendrados en años de guerra o de confusión ideológica, vinieron al mundo con una huella anímica peculiar, un rasgo de noble descontento, característico de aquella generación. También tienen su huella psíquica, su rasgo inconfundible, en esta vigésima centuria, los nuevos *hijos del siglo*, los que, nacidos después del novecientos, vieron con ojos de niño el horror de la guerra.

Pero hay una diferencia esencial entre los hijos del siglo XIX y los del siglo XX. Aquella primera generación romántica, físicamente lánguida, era soñadora y pesimista. Esta generación que ahora asciende, deportiva y soleada, quisiera poder ser optimista.

Leed esos libros de guerra y de post-guerra escritos por jóvenes. Los que tenían doce años cuando la guerra, como Ernesto Glaeser en Alemania, o los que tenían diez y ocho al llegar el armisticio, como Juan Prevost en Francia, traducen el mismo amargo sentimiento: desilusión.

Han perdido el respeto a sus mayores. Repudian rudamente los principios que sus antecesores predicaban en el hogar, en la escuela, en el templo, en el Foro o en el libro... Los rechazan porque han visto en el espanto de la guerra y en el fracaso de la paz que nuestra civilización no practica realmente esos mismos principios que sostiene y proclama con gravedad hipócrita.

Los hijos dejaron de creer en ellos porque, en la hora de la prueba, se dieron cuenta de que, en espíritu y en verdad, los padres tampoco creían.... Desencanto angustioso.

Mas la juventud no sabe vivir sin ver temblar en el aire la bandera de una ilusión.

La juventud pide hoy una nueva sociedad y un nuevo Estado. Por eso se ha vuelto esencialmente política.

Convénzanse los varones maduros de que es imposible una juventud conservadora. Puede haber en Francia jóvenes nacionalistas, o en Alemania *cascos de acero*, porque estas tendencias, aunque erróneas, representan una transformación decisiva del actual orden de cosas en las respectivas naciones. Aunque ofuscados, pudo